



El número que ya no cuenta

Juan David Correa **entrevista** a Guillermo González

El 13 de julio de 1993 nació la revista *Número*: el 2011 fue la último año que circuló. Puedo recordar la inmensa revista con la imagen de un hombre con cara de pájaro de su edición 1. En esa primera ocasión firmaban en *Número* escritores como Hugo Chaparro, Julio Paredes; periodistas como Antonio Morales y Eduardo Arias; académicos como Antanas Mockus; y ensayistas como William Ospina. Por causa de su cierre, *Número* no alcanzó a cumplir los veinte. Se quedó en los 19, y así se mantendrá en la mente de sus lectores: una revista que supo descifrar el momento que vivía Colombia tras una estela de crímenes absurdos perpetrados por todos los bandos. Guillermo González, Liliana Tafur,

Victor Leignelet, Ana Cristina Mejía, Luis Ángel Parra, Lucas Caballero, Liliana Vélez, Carlos Duque y Wally Swain, idearon una revista que en principio subvirtió muchas cosas: desde su alargado e inmenso formato, hasta la calidad de sus fotografías, o debates que hoy se han puesto de moda, como el de la legalización de las drogas.

Número se terminó de una manera rara. De ser una revista con personalidad, su nuevo director, William Ospina, la achiquitó, la volvió algo así como un remedo de *El Malpensante*. Sesenta y nueve ediciones, sin duda la convierten en un referente de las revistas culturales del país. Su director, Guillermo González, un periodista que se le ha medido a escribir, dirigir revistas y periódicos, y a intentar permanecer independiente, y que sigue activo, fue capaz de vestir las portadas con indios, carros chocados, primeros planos de escritores, obras de arte. Jamás renunció a hacer lo que quería y, tras su retiro, *Número* dejó de contar. González es un tipo inteligente, que guarda a buen recaudo las vicisitudes de su aventura. Comenzó su carrera en 1977 en *El Espectador*, un periódico donde manejó largos años el gran experimento del *Magazín*.

Usted hizo parte del equipo del *Magazín* de *El Espectador* en una época dorada, ¿qué recuerda de esa experiencia?

Ha sido mi época más intensa en el ejercicio del periodismo. A finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, bajo la tutela de don Guillermo Cano, hacíamos un periodismo independiente en *El Espectador*. Con él adelantamos la campaña en contra de la tortura en Colombia, una de las tres batallas que dio en solitario él frente al periódico, y que minaron la economía de este medio. Las otras dos fueron las denuncias sobre delitos económicos cometidos por el Grupo Grancolombiano, y su última lucha: contra el narcotráfico. Se hacía en ese entonces un periodismo verdaderamente independiente, en solitario, porque los otros medios se acomodaban, se hacían los de la vista gorda o transaban con los poderes a que se enfrentaban. En ese marco, ocurrió que García Márquez dijo que quería fundar un periódico llamado *El otro*, con un grupo de periodistas entre los que se contaba el argentino Tomás Eloy Martínez. García Márquez dijo que lo haría con periodistas menores de treinta, porque los

mayores tenía ya muchos vicios. Don Guillermo nos llamó a Fernando Cano a Carlos Duque y a mí, nos dijo que quería adelantarse a Gabo, y nos entregó el *Magazín Dominical* (MD) para que hiciéramos lo que quisiéramos con él. El periódico *El otro* nunca salió —Tomás Eloy me contó en un taller, muchos años después, y lo publicó, que le había dicho a GGM: “O diriges un periódico o haces novelas, las dos cosas al tiempo no se pueden hacer”, pero a nosotros nos sirvió para que, en aquel tiempo en que no llegábamos a los treinta años, pudiéramos hacer una publicación masiva a nuestro antojo.

¿Qué fue lo primero que hicieron con el proyecto?

Transformamos el MD en un revista tamaño tabloide, a *full color*, en la que buscamos reencontrar la cultura con el periodismo. Comenzamos a publicar entrevistas, reportajes, crónicas y ensayos, junto con cuentos, poesía y otros materiales creativos y de análisis. Encargamos a dibujantes, pintores e ilustradores las imágenes para los textos, y le dimos especial relevancia a las imágenes y a los textos críticos. Abrimos las puertas a colaboradores de todo el país y buscamos escritores internacionales de peso, como Carlos Fuentes. Se trataba de desladrillar (no está mal la palabra) la cultura: bajarla de la supuesta crítica especializada que escribía en metalenguajes textos ilegibles. El intento dio resultado: en poco tiempo y si darnos cuenta subimos el tiraje dominical en cerca de 70 mil ejemplares y una encuesta mostró que por primera vez en muchos años un producto de *El Espectador* le ganaba a uno de *El Tiempo*: el MD versus *Lecturas Dominicales* (LD). D’Artagnan (Roberto Posada García-Peña), quien entonces fungía como director de LD, me invitó a almorzar y me preguntó que qué era lo que nosotros estábamos haciendo. Le dije que, simplemente, pensaba que a la gente le gustaba que cuando hablaba con una persona, esa persona tuviera criterio, personalidad, posiciones. Y que eso era lo que hacíamos en el MD.

Y vino el éxito...

Fue una época maravillosa. Hacer una revista que llegó a tener 350 mil ejemplares cada domingo, con total independencia. Hoy todavía en-



Guillermo González Uribe
ex director de *Número*

cuentro gente que me dice que se acercó a la cultura con el MD. Creo que además de los riesgos que tomamos —hubo un sector de intelectuales furiosos con los cambios y llegamos a publicar hasta cuatro páginas de correo con misivas a favor y en contra—, fue fundamental abrirnos a las regiones, a diversos autores consagrados y noveles. El MD fue la aeronave que nos permitió viajar por el país y por el mundo en compañía de sus lectores, escudriñando acerca de las culturas y las diversas formas de hacer política. Hoy armábamos un MD en Cartagena con la gente de Cartagena, y mañana estábamos en Moscú olfateando qué era eso de la Perestroika. Encuentros, entrevistas, reportajes y diálogos con personajes representativos, los hicimos viajando en esa aeronave: Jorge Amado, García Márquez, Harry Belafonte, Fidel Castro, los hermanos Kaurismaki, Pilar Miró en su mejor momento, y cientos de creadores de todo el planeta. Presentábamos un día el MD en Buga y a la semana siguiente estábamos en el encuentro de negros e indígenas en Quibdó; y pocos meses después

en el encuentro de los huitotos en el Amazonas. El Festival de Teatro en Nueva York, y los aruhacos de la Sierra Nevada, o los guajiros y el Cric. Así mismo, el lanzamiento del libro del general Landazábal, en tiempo en que era considerado la cabeza de la represión en Colombia; y meses después, entrevista con Jacobo Arenas, entonces comandante político de las Farc, en tiempos del proceso con Belisario Betancur. El país y el mundo pasaban por allí. Y tratábamos de mantener una posición crítica frente a los atropellos que se venía sucediendo: los desaparecidos y el nacimiento de los paramilitares con el apoyo del narcotráfico y sectores del ejército, la policía, y dirigentes políticos, agrarios e industriales; frente a críticas del comandante de las fuerzas militares por un MD que dedicamos a obras de los desaparecidos —en tiempos en que sostenían que los desaparecidos no habían desaparecido— y nosotros los mostramos con nombres, caras y obras propias. Don Guillermo publicó un editorial apoyándonos. Con él manteníamos comunicación directa semanal, pues el MD era uno de sus productos consentidos, pero nunca llegó a decirnos: no publique.

¿Qué escritores participaron?

Recuerdo que varios de quienes luego se convirtieron en destacados escritores, hicieron sus primeros pinitos en el MD. Años después de la experiencia del MD, William Ospina me contó que su primer texto en la prensa lo había escrito en el MD. Recordé entonces que el fotógrafo Cote me había llevado un comentario escrito por un desconocido sobre un libro de otro desconocido. Estaba bien escrito y lo publicamos: fue el primer comentario que apareció de la primera novela de Fernando Vallejo escrito por William Ospina, quienes en ese entonces no se conocían. Mi experiencia en *El Espectador* duró diez años, hasta pocos meses después del asesinato de don Guillermo.

Ahora quisiera que me hablara de *Gaceta*, de la que también usted fue editor.

Luego de la salida de *El Espectador* escribí textos en varios medios y edité otras publicaciones culturales: el periódico del Festival Internacional de Teatro de Bogotá, el periódico de la Feria Internacional del Libro de

Bogotá, el de Cooperartes (Cooperativa de Artistas plásticos y visuales), la revista de la cinemateca distrital, etcétera. Gloria Triana, quien estaba en la dirección de Comunicaciones de Colcultura —hoy Ministerio de Cultura—, en tiempos en que la dirigía Liliana Bonilla, me llamó para ver si hacíamos algo en radio. Le propuse revivir la revista *Gaceta*, que llevaba 7 años de receso. De nuevo corrí con suerte, pues encontré en Liliana y Gloria dos personas que permitían hacer una revista con total independencia y apoyo. Pero era otro cuento. Una revista con un tiraje de 4 mil ejemplares, en blanco y negro, financiada por el Estado, en la que era casi imposible hacer suscripciones —por la burocracia estatal—, y que tenía un presupuesto reducido. Pero fue una nueva aventura; ahora nos centramos en textos e imágenes de mayor profundidad, continuamos con la búsqueda de imágenes originales hechas por artistas colombianos para los textos, y continuamos desarrollando miradas críticas de la cultura y la realidad. A la llegada de Juan Manuel Ospina ampliamos el proyecto de periodismo cultural a la red de Comunicaciones Culturales, en donde, con la asesoría de Jesús Martín Barbero, montamos un proyecto para fortalecer el periodismo cultural que incluía televisión, radio, publicaciones, y una sala de redacción que emitía, además de noticias, crónicas, reportajes y entrevistas para medios nacionales e internacionales, talleres y encuentros nacionales e internacionales y materiales de reflexión para los periodistas, que enviamos a cerca de 200 comunicadores de todo el país. Pero al cambiar el director de la entidad, al nuevo, un periodista le comentó que nosotros estábamos reemplazando la labor del periodista, y terminó este experimento.

¿Cómo se le ocurrió la idea de *Número*?

Luego de un viaje de varios meses por fuera del país, regresé y pensé que era difícil volver a contar con total independencia en un medio masivo de comunicación. No tenía plata para fundar uno, pero tenía contactos, amigos y credibilidad. Así que nos dimos a la tarea de montar una revista con un grupo de amigos, entre los que se contaban periodistas, escritores, diseñadores, editores, artistas y traductores. Ana Cristina Mejía como gerente y yo como director estuvimos a la cabeza del proyecto. Recogimos

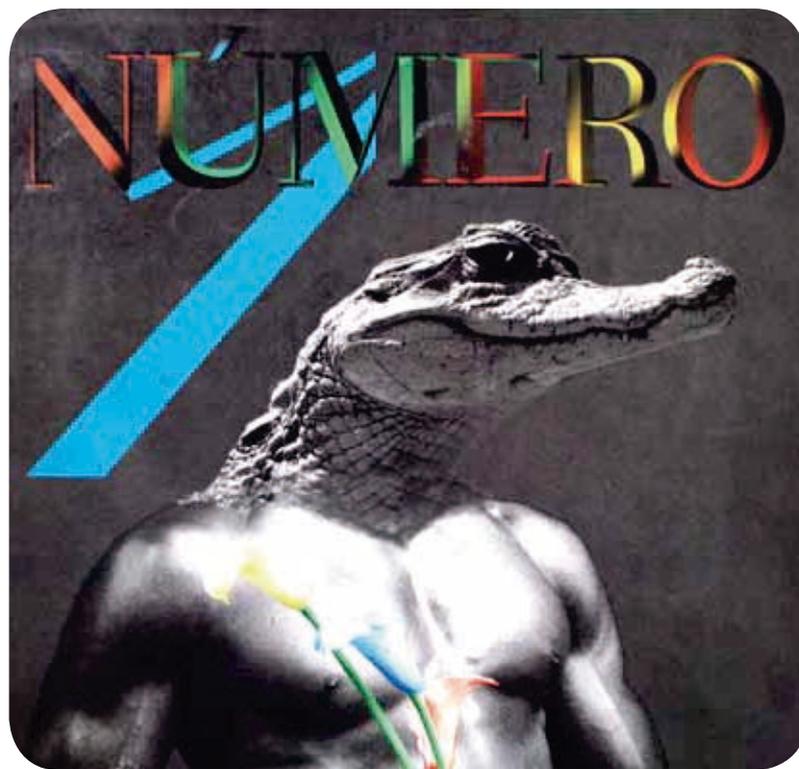
lo mejor de las experiencias del MD y de *Gaceta*, y montamos una revista de formato un poco más grande que el universal, impactante a nivel de imágenes, y buscamos textos innovadores y de gran calidad. Pienso que una fortaleza de *Número* era que mucha gente sentía que le pertenecía; teníamos una red de apoyo en Colombia y en el exterior que nos nutría de materiales de excelente factura. Nuestro propósito era tomarle el pulso a la cultura, estar en la epidermis de la sociedad para saber cómo interpretar lo que sucedía y lo que se creaba, y ser vehículo de difusión de creadores e investigadores. Estábamos en contacto con gente clave que trabajaba temas de punta y sabíamos lo que estaba sucediendo antes de que sucediera. Así mismo, cerré la oficina de edición que tenía, y comenzamos el proyecto de *Revista Número Ediciones*.

¿Qué referencias de revistas mencionarías comparables con *Número*?

Desde los años setenta mi referente más directo para hacer periodismo fueron las revistas españolas de cultura de la época del destape: *Viejo topo*, *Bicicleta*, *Ajo blanco*, *Quimera*. Eran revistas que desde el entonces cerrado medio colombiano, veíamos que hablaban con desparpajo de los más diversos temas y ponían en tela de juicio todos los valores, desde la familia, la propiedad privada y el estado, hasta las propias sectas de la izquierda. Revistas que hablaban con diversos lenguajes sobre diferentes temas, y eran casi revolucionarias en cuanto a diseño y presentación. Lo primero que editamos en la universidad fue un pequeño libro en fotocopias (200 ejemplares) armado a partir de fusilar un especial de *Viejo topo* contra la familia.

Recuerdo muchos textos y fotografías de la primera época que eran subversivas y que de alguna manera eran incómodas para el país de entonces, ¿qué recuerda de esa primera época?

En la primera edición publicamos una postal que encontramos en París, visitando la exposición de Botero en los Campos Elíseos, en la que aparecía el artista en su finca de la Sabana, pintando acompañado por dos guardaespaldas con ametralladora. Se armó el escándalo y Botero tuvo que escribir explicando los hechos.



Hubo muchos textos e imágenes que impactaron. El diario de rodaje de la filmación de *La virgen de los sicarios*, de Barbet Schroeder, que levantó ampolla en muchos sectores que aún querían desconocer lo que pasaba en el país. Las imágenes del fotógrafo colombiano, Toro, de los presos en las cárceles españolas; las fotos de María Cano y las luchas sindicales de los años treinta. La publicación de *La franja amarilla*, que se convirtió en el ensayo más leído en Colombia; los cuatro primeros capítulos de *Los niños de la guerra*, que luego fue el libro ganador del premio Planeta de

Periodismo. Inéditos de Borges, las fotos de las comunidades negras del África tomadas por un colombiano en el siglo pasado. La serie de imágenes de mujeres mayores de 50 años desnudas... tantos y tantos materiales pasaron por allí en esos dieciocho años.

En últimas, todo respondía a una concepción amplia de cultura y del periodismo, en la que el tema no es lo fundamental, sino el tratamiento que se le da a los temas. Que todo pase por la investigación, el análisis, la reflexión y, en lo posible, el manejo creativos de los lenguajes. Una amiga periodista decía que el secreto de *Número* era que nos le adelantábamos a lo que iba a suceder.

Número fue una revista de obligada lectura, pero además sus debates en la Feria del Libro fueron famosos, ¿cuál fue esa idea? ¿Qué quedó de eso?

La idea de *Número*, como la del *Magazín Dominical* y la de *Gaceta*, en el fondo era contribuir a la creación de pensamiento crítico y a la difusión de las culturas y el arte. Por eso sentimos que no bastaba con armar una conferencia para participar en la Feria del Libro, sino que había que buscar temas especialmente sensibles y polémicos e invitar a varias personalidades a debatir sus ideas y, ojalá, que tuvieran diferentes posiciones. Buscábamos agitar el ambiente. Hubo algunos especialmente polémicos, como el de la legalización de las drogas, en tiempos en que era tema tabú. Se llenaba el auditorio principal de la Feria, con asistentes que permanecían tres horas escuchando, quietos; los debates eran replicados por la prensa y publicábamos una separata en *Número* con las intervenciones. El proyecto se fue ampliando y replicamos el modelo en otras ciudades y en otros espacios.

¿Qué queda de esto? Es tan difícil cuantificar las inversiones en cultura. ¿Para qué sirve un poema? Recuerdo que después de la muerte de Guillermo Cano, un directivo del periódico me dijo que el MD salía muy caro, que realmente qué le aportaba el MD a *El Espectador*. Le respondí que muchos años atrás, en esa revista, un joven periodista había publicado su primer cuento. Fue *La tercera resignación*, de Gabriel García Márquez. Y que ese era el legado más importante que tenía el periódico en toda su historia.

por siempre, le hubiera servido para ensayar
por primera vez, un poder central que contenía
a el gobierno feliz de estos pueblos infelices.
clinado con largo desprendimiento en favor

señal clara
para sí? No
ti fatigó el
y la espada
que codice
que cifieron
opresores,
le todos los
os. Uno es
la espada
as y otro el
evitar que
tracción no
ría agrade-
la corona
on encum-
ta entrega-
hincha y
loles com-
sastaba con
no.

is el estado
suntos que
ibencia. A
l alcalde, el
y todos los
citaron una
emo señor
ra después,
yayor, en su
s distingui-
aguereña y como responsables del gobierno,
é razón no está deliberando desde el día 2 del
nblea Constituyente que su excelencia había
o del año antepasado». Dos pupilas solemnes
o a los presentes. Tal era, en resumen, la res-
leído el presidente del concejo municipal

por los aires musicales ejecutados esa tarde...
vido, estrechó entre sus manos las de aquellas
acompañó hasta la pesada puerta que da al anch
do, en el que se agolparon los pasos como una

En la cena
ronel José Mi
rra que lo hor
para el café y
praderas de l
bien los fruti
de los ricos y
cobre, azogue
ágata en las e
y que en los v
y del Luisa li
ban como vin
A las ocho de
cena con un
que sostuvo e
rados, mient
menzaban a
rio para el lev
carta minera y
la bitácora de
un viento frí
redores la ho
la flor del bor

La alcoba
bertador es ot
los cambios q
biliario. En el
la cama anch
ño de mader
cuatro cuerpi
liar en la cat

un escritorio con lo indispensable para el traba
esquinera están el jarrón y el aguamanil debaj
brasero de carbones rosados que tiemblan sin
ventana cerrada. El ordenanza concluye su lab
dormir y alista la que el Libertador usará duran
de franela, los calcetines de hilo, la camisa b'



Pasando a otro punto, un aspecto fundamental de lo que llamamos Proyectos Especiales, fueron los libros. Desde *Revista Número Ediciones* publicamos títulos muy variados, poniendo especial énfasis en la fotografía, con ediciones que no fueran un simple adorno sino que, nuevamente, fueras hermosos, innovadores y dijieran cosas. Está la colección *Memoria fotográfica de Bogotá*, tres tomos con 400 imágenes históricas de Sady González y textos de 20 escritores. Y entre otros, más recientemente, *Medellín, de calles y gentes*, con la particular mirada de Juan Fernando Ospina sobre una Medellín popular y digna, o *Silencios, un llano de mujeres*, que por primera vez muestra la fortaleza de las mujeres del Llano en imágenes y textos.

¿Qué pasó para que la revista tuviera un final tan incierto?

Luego de 18 años de trabajo nos entró el cansancio a Ana Cristina y a mí; cansancio no con el proyecto periodístico sino con la financiación, que cada día nos quitaba más tiempo y tranquilidad. En febrero del 2011 presentamos renuncia a la junta de la *Corporación Revista Número*, que tiene 12 miembros. Se propuso la venta o el cierre en momentos en que estaba en un buen lugar. Pero un grupo de miembros de *Número* propuso que ellos se harían cargo de la revista. Luego hicieron anuncios en cuanto a cambiar el contenido, el formato, ampliar el tiraje, etcétera, pero no le dieron suficiente énfasis a un punto fundamental que recalcamos mucho antes de irnos: el difícil arte de dar vida a una publicación cultural pasa prioritariamente por su financiación.

¿Qué opina del periodismo cultural que se hace en Colombia?

El panorama de la prensa en Colombia hoy es, por decir lo menos, desolador: los medios masivos cada vez más tienden a la banalización, lo superficial, el chisme. Lo que hemos conocido como periodismo cultural no se ve ya casi en ellos. El análisis de fondo, la reflexión ponderada, la creación, son los grandes ausentes en los medios. *El Malpensante*, *Arcadia* y algunos medios universitarios cumplen una función; *El Espectador* en la parte de opinión y la *Silla Vacía* en investigación. Pero hace falta mucho más.

Hay espacio para uno o varios medios que hagan periodismo de fondo y muestren el país y el mundo con calidad en cuanto a textos e imágenes, profundidad en los planteamientos, innovación en las ideas, y divulgación de las culturas; la literatura y las artes a través de lo que se ha llamado periodismo cultural, periodismo literario, de investigación, literatura de no ficción, o como se le quiera llamar... Con un elemento que olvidan otros medios: énfasis en la producción nacional, sin olvidar, lógicamente, lo de afuera. Un medio que combine la edición en papel con la de Internet, y que tenga financiación e independencia, para poder dedicar los esfuerzos fundamentales a la creación y a la investigación.

Claro, se impone lo que es fácil de hacer y lo que es fácil de consumir, pero siempre habrá un público para el buen periodismo, la buena literatura y el arte de verdad.

Me dicen que ahora abrió una editorial, ¿cuál es el proyecto?

Más que una editorial es un espacio para la escritura, la edición, el periodismo y la investigación. Se llama *El Ala de Arriba*, y ya se han hecho desde acá algunos proyectos editoriales como la colección de libros de guiones del cine colombiano, con la Asociación de Guionistas Colombianos, y uno muy importante que viene, los libros para conmemorar los 45 años de la Orquesta Filarmónica de Bogotá, que serán muy especiales.

De resto, buscar más tranquilidad. Tener tiempo para estar con uno mismo; la lectura, la escritura y realizar algunas asesorías; y seguir con proyectos de fondo, aquellos que buscan decir cosas y dejar huella en quienes los hacen y en quienes los reciben.



Juan David Correa

Es escritor y editor-fundador de la editorial El Peregrino Ediciones. Ha trabajado como periodista en diversos medios de comunicación como *El Espectador*, donde actualmente es columnista; *Cromos*, *Semana* y *Arcadia*. Hoy es el coordinador cultural de la Cámara Colombiana del Libro. Ha publicado varios libros entre los que se encuentran la novela *Todo pasa pronto* (Alfaguara) y la memoria *El barro y el silencio* (Seix Barral).